



Columna



Enrique Brahm García

Un mundo convulsionado

Las guerras se extienden por el mundo. Se combate en Ucrania, en Tierra Santa, en Irán y aumenta la tensión prebélica en otros rincones del planeta. Se trata, además, de conflictos cuyos frentes no están claramente definidos. Vivimos en medio de un sistema multipolar muy distinto al bipolar de la Guerra Fría. Durante esta había frentes claros - el mundo comunista y el mundo libre -, a cuya cabeza estaban las grandes su-

perpotencias: la Unión Soviética y los Estados Unidos de Norteamérica. Si bien se vivía en medio de la tensión que provocaba el hecho de que en cualquier momento podía desencadenarse una guerra atómica, ante cualquier crisis, como la de los misiles en Cuba a comienzos de los sesenta, resultaba más fácil llegar a acuerdos, desde el momento que ello sólo dependía de dos grandes líderes mundiales.

La realidad que se vive hoy

día es bastante más compleja. Son muchas las potencias nucleares, por lo que se puede hablar de un sistema multipolar. Pero también se han desarrollado otra serie de armas muy sofisticadas y de sorprendente precisión que se ven potenciadas por el uso de la inteligencia artificial. Han tomado la ofensiva Putin y Trump, pero también el gobierno israelí. En Europa la guerra avanza por Ucrania y amenaza con extenderse a otros países europeos. Los habitantes de los países bálticos, Polonia y Moldavia, temen con razón - no en vano tienen recuerdos todavía muy vívidos de las constantes invasiones que sufrieron durante el siglo XX por parte de los ejércitos rusos y los actos de violencia extrema en los que estos incurrieron -, que el turno siguiente les corresponda a ellos. Más impredecible resulta todavía la si-

tuación en el Asia occidental - en Irán, en el Líbano -, donde los bombardeos se extienden por zonas cada vez más amplias y alcanzan a una serie de países en la zona del Golfo Pérsico y hasta Turquía. En paralelo China amenaza a Taiwan y los japoneses ven con temor el actuar de Xi Jinping y el arsenal atómico coreano.

La situación se complica desde el momento en que la iniciativa bélica está en manos de una serie de líderes mundiales que actúan movidos por sus propios intereses y al margen de todo control internacional. Otra vez ha quedado en evidencia que en el ámbito de las relaciones entre las distintas naciones el poder está en manos de los más fuertes o de los más osados y al resto sólo le queda hacer lo que pueda. Frente a ellos los organismos internacionales como la ONU no tienen casi ningún

“La situación se complica desde el momento en que la iniciativa bélica está en manos de una serie de líderes mundiales que actúan movidos por sus propios intereses y al margen de todo control internacional”

poder. Lo mismo ya se vivió tras el término de la Primera Guerra Mundial. El gran objetivo del presidente Wilson al momento de negociarse la paz en 1919 fue dar forma a la Liga de Naciones. Con ella se haría imposible el estallido de un nuevo conflicto mundial. Ello no dejó de ser una mera ilusión. El año 1931 Japón invadía Manchuria; en 1935 Mussolini atacaba Abisinia,

mientras Hitler empujaba al mundo a un nuevo conflicto mundial que estalló en 1939. Nada pudo hacer contra ello la Liga de Naciones. Hasta Chile se retiró de la misma en 1938 por su inoperancia.

Tampoco se considera la opinión de las grandes autoridades morales del planeta que hacen llamados a la paz, como el papa León XIV, y día a día siguen perdiendo la vida muchos inocentes. Como ha comprobado la historia, también la más reciente, las guerras no suelen resolver los problemas, sino que vienen a aumentar los odios y el espíritu de venganza. La violencia sólo engendra más violencia. Si los grandes líderes mundiales se hacen los sordos ante los llamados del Papa, nosotros sí podemos pedir por la paz.

Universidad de los Andes.